

Al día siguiente, 20 de noviembre, el misterioso suicidio del barón de Reinach, directamente mezclado en el asunto, cambió enteramente el aspecto de la cuestión. El 21, el diputado boulangierista Delahaye declaró que la ley de 1888, autorizando a la Compañía para emitir valores sorteables, se había votado gracias a los manejos culpables de un financiero que invirtió tres millones en comprar conciencias parlamentarias. El financiero aludido era el barón de Reinach ó Artón, su agente cerca de las Cámaras. Delahaye concluyó pidiendo que la Cámara nombrase una comisión informadora. El gobierno no se atrevió á pedir que se dejase á la justicia el cuidado de aclarar los hechos, sin mezclar la acción política con la acción judicial, y aunque figuraban dos ó tres ministros entre los parlamentarios á quienes Delahaye había hecho alusión, el gabinete se asoció á la instancia del diputado boulangierista, que fué votada por 310 sufragios contra 218.

La Comisión informadora, nombrada en los días 22 y 23 de noviembre, comprendía 23 republicanos, 9 diputados de la derecha y un boulangierista; nombró presidente á Brissón y vicepresidentes á Jolibois, de la derecha, y á Clausel de Coussergues, del centro izquierdo. Desde su primera reunión, Delahaye le indicó al barón Jacobo de Reinach como el agente principal de la corrupción parlamentaria, secundado por Artón, financiero sospechoso que había huído. Provista de estos datos la Comisión solicitó del gobierno la comunicación de los autos judiciales, la exhumación y la autopsia del barón de Reinach. Después de las concesiones hechas por el gobierno, no le era fácil negar las que le pedían, así es que concedió la comunicación de los autos judiciales, pero negó la exhumación y la autopsia, pretextando un escrúpulo de legalidad.

El 28 de noviembre planteóse la cuestión de la autopsia ante la Cámara, el mismo día en que la Comisión informadora había recibido la declaración del Sr. Prinet, consejero del tribunal de París, quien reveló que 500 ó 600 personas habían sido gratificadas por la Compañía del Panamá, que los gastos de las 7 emisiones se habían elevado á 83 millones, 21 de los cuales habían sido absorbidos por la publicidad, es decir por la prensa de todos matices, y que el barón Jacobo de Reinach, después de recibir 9.800.000 francos, sólo había gastado 3 millones en publicidad. El Sr. Ricard contestó que el gobierno no tenía derecho á mandar practicar la autopsia. Brissón combatió victoriosamente esta tesis jurídica y una pregunta del Sr. de Ferronnays fué transformada en interpelación. Loubet subió á la tribuna, quejándose de la situación intolerable creada al gobierno, y, sin contestar á los argumentos de Brissón, se volvió á su banco, so pretexto de que le interrumpían. Este acceso de mal humor iba á costarle la presidencia del Consejo. Leygues trata de salvar al gabinete, presentando una proposición de orden del día pura y simple: esta solución es desechada por 304 votos contra 219. Se pone á votación la orden del día de Brissón diciendo que la Cámara se asocia al deseo manifestado por la Comisión informadora, y es adoptada por 393 votos contra 3. El gabinete queda vencido sin haber realmente librado batalla, sin haberse defendido contra el vivo ataque de Brissón.

Tal fué, después de nueve meses de existencia, el fin

de un ministerio que había tenido momentos difíciles y días gloriosos. Sucumbió porque su jefe, embarazado por la presencia de algunos de sus colaboradores, no supo tomar una resolución firme en tiempo oportuno, no supo pronunciarse por el procesamiento judicial público, completo, y no supo mantener la cuestión fuera de la política. Loubet había aceptado el poder en condiciones difíciles y lo había ejercido con una firmeza que sólo le faltó el último día, y sobre todo con una honradez absoluta.

## VI

Después de haber apelado sucesivamente á los señores Brissón, Casimir-Perier y Develle, para que formasen nuevo gabinete, cosa que éstos no lograron conseguir, el presidente de la República se dirigió á Ribot, que pudo constituir, el 6 de diciembre, un ministerio que venía á ser el precedente con la substitución de los Sres. Ricard y Roche por los Sres. Siegfried y Dupuy, y el paso á Gracia y Justicia del Sr. Bourgeois que cedió la Instrucción Pública y Bellas Artes á Carlos Dupuy. Todos los demás ministros conservaban sus cartenas, y el presidente del Consejo se encargó de los Negocios Extranjeros. Miembro de la fracción más moderada de la izquierda, Ribot se había adherido á la República con Dufaure, aportándole convicciones profundas, vastos conocimientos y una elocuencia tan sobria como vigorosa. Su presencia al frente del gabinete hizo esperar que el expurgo necesario se haría pronto y bien, que el gobierno no retrocedería ante ninguna consideración de personas, que sabría castigar á todos los que se habían comprometido, tanto si pertenecían á la administración de la Compañía del Panamá como al mundo parlamentario.

Tales esperanzas sólo habían de realizarse en pequeña parte. Ribot iba á encontrarse, como sus antecesores, á merced de los acontecimientos; también él iba á respirar mal en la atmósfera de insalubridad que el lamentable asunto del Panamá había esparcido por Francia.

No se pasaba día sin que la prensa revelase un nuevo escándalo, verdadero ó falso, y no había quien no rivalizase en organizar los golpes teatrales de la denuncia. Hasta el extranjero tomaba cartas en el asunto, fiel á la eterna táctica de reanudar contra Francia la coalición de la desconfianza.

Del 8 de diciembre, fecha de la lectura de la declaración ministerial, al 24 del mismo mes, fecha en que terminó la legislatura, cada día hubo un incidente nuevo y alguno de estos incidentes fueron verdaderamente dramáticos. El ministerio asistía á los acontecimientos y á las discusiones de la Cámara y del Senado, pero sin dirigirlos ni inspirarlos. Autorizó la autopsia del barón de Reinach y, contra la opinión del fiscal, Sr. Quesnay de Beaurepaire, que contestaba la legalidad de la autopsia y sostenía el principio del secreto de la instrucción judicial, acordó que los autos fuesen comunicados confidencialmente á la comisión de la Cámara que el gobierno consideraba como «una especie de Comisión del honor parlamentario.» Al día siguiente, el Sr. Quesnay de Beaurepaire fué reemplazado por el Sr. Tanón y nombrado presidente de Sala en el Tribunal de casación

En el Senado, el Sr. Lacombe interpelló al gobierno excitándole á mantener firmemente la Comisión informadora en la legalidad, y le contestó Ribot diciendo que el gobierno estaba dispuesto á usar de cuantos derechos le daba la Constitución, la cual, después de todo, no estaba amenazada, porque no podían comprometerla unas cuantas flaquezas individuales. Si encontraba un poco de lodo en el camino, lo apartaría con el pie. Ribot produjo seria impresión en el Senado que otorgó al gobierno un voto de confianza.

Sin embargo, el gobierno tropezaba aquel mismo día con el primer obstáculo: seis días después de la constitución del gabinete, dimitía el ministro de Hacienda, Sr. Rouvier.

El 12, por la mañana, el *Figaro*, en un artículo reproducido aquella misma tarde por toda la prensa francesa y europea, señalaba las relaciones de Rouvier, siendo ministro de Hacienda, con los Sres. Cornelio Herz y Jacobo de Reinach. Este último, víctima del «chantaje» en grande ejercido por el aventurero cosmopolita, había recurrido á Clemenceau y luego al ministro de Hacienda, y habiendo encontrado á Herz implacable se había suicidado: al día siguiente, Cornelio Herz se marchó á Londres. Las alegaciones del *Figaro* fueron confirmadas el 13 de diciembre por *La Justicia*: Clemenceau reconoció haber acompañado á los señores Rouvier y Reinach á casa de Cornelio Herz y á casa de Constans. Aquel mismo día, en la Cámara, el Sr. Trouillot preguntó al gobierno si la dimisión del ministro de Hacienda era un hecho. El presidente del Consejo contestó afirmativamente; aludiendo al artículo de *La Justicia*, dijo que Rouvier se había retirado, á consecuencia de revelaciones «que en nada empañaban su honor.» Tomando la palabra después de Ribot, Rouvier confesó la diligencia practicada por él, á instancias del barón de Reinach, cerca de Cornelio Herz, reconoció que semejante paso era imprudente, pero trató de presentarlo como un acto humano y generoso. Dióse por terminado el incidente, sin orden del día, después de un violento discurso de Deroulede.

Al día siguiente, Rouvier fué reemplazado por Tirard en el ministerio de Hacienda. A la noticia de este cambio, el 3 por 100 bajó de 100'05 á 99'20 y había de bajar á 95'70 al finalizar el año. No es que Tirard inspirase la menor desconfianza al mundo financiero; es que venía á substituir á un ministro que había prestado señalados servicios al crédito público en circunstancias graves; además la opinión pública notaba la falta de una dirección superior en medio de aquellas tristes cuestiones abandonadas á todos los azares.

A fin de impresionar la opinión con una apariencia de energía, el gobierno mandó prender, el 16 de diciembre, á tres administradores del Panamá que no habían de comparecer hasta el 10 de enero ante el Tribunal de apelación de París: los Sres. Carlos de Lesseps, Mario Fontane y Cottu. Al proceso correccional se había añadido una información criminal por soborno de funcionarios. Igual medida se tomó contra el Sr. Sans-Leroy, ex diputado, miembro de la comisión de las obligaciones sorteables de 1888, acusado de haber cambiado de opinión entre las dos deliberaciones y contribuido á formar en la comisión una mayoría favorable á la comisión. En pago de este cambio de opinión, el Sr. Sans-

Leroy había cobrado, al parecer, 200.000 francos de la Compañía del Panamá.

La comisión informadora había hecho un descubrimiento importante, y no había de tardar en hacer otros de más resonancia. Entre los papeles de un banco que operaba por cuenta del barón de Reinach, se encontraron 26 cheques por valor de más de tres millones que se suponía habían servido para remunerar concursos políticos. Dos senadores y un diputado habían firmado recibo de cheques; los demás se habían servido de intermediarios. Los periodistas que habían emprendido la campaña contra los prevaricadores y que se habían convertido en otros tantos jueces de instrucción, afirmaron que un reconocimiento practicado en dicho banco



Antonio Proust

haría descubrir los talones de los cheques y que estos talones proporcionarían las indicaciones necesarias.

El fiscal, con el asentimiento del ministro de Gracia y Justicia, ordenó el reconocimiento aconsejado por la prensa; y los resultados fueron tales que el fiscal pudo pedir á la Cámara una autorización para procesar á cinco diputados: un ex presidente del Consejo, Rouvier; dos ex ministros, Julio Roche y Antonino Proust, y los Sres. Dugué de la Fauconnerie y Manuel Arene. Después que Rouvier y Arene hubieron presentado su defensa, aquél con más audacia que habilidad y éste con una grave emoción que pareció conciliarle su auditorio, la Cámara acordó por unanimidad la suspensión de la inmunidad parlamentaria.

En la misma sesión, los boulangieristas interpellaron al ministro de Gracia y Justicia sobre las medidas que contaba tomar contra Cornelio Herz, gran oficial de la Legión de honor. Esta interpelación, que había de terminar con una orden del día pura y simple, no fué más que un pretexto para insolentes ataques dirigidos por los Sres. Deroulede y Millevoe contra el redactor jefe de *La Justicia*, á quien Deroulede llamaba embajador de Cornelio Herz. «Ninguno de vosotros se atreve á nombrarlo, exclamó Deroulede, porque tenéis miedo á su espada, á su pistola y á su lengua. Pues yo desafío á las tres y le nombro: ese es el Sr. Clemenceau.» E increpando á éste, decía momentos después: «Vuestra carrera está hecha de ruinas,» y á las ruinas reprochadas á su adversario añadió una nueva, la del mismo Cle-

menceau, que á la vehemente filípica de Deroulede únicamente contestó con frías negativas y demostró que servía más para el ataque que para la defensa. La sesión del 20 de diciembre tuvo un doble epílogo: el 21, Julio Roche protestó indignado contra la absurda acusación dirigida contra él, y, el 24, tuvo efecto un duelo á pistola entre Deroulede y Clemenceau, que cambiaron seis balas sin resultado.

El Senado, á su vez, votó la suspensión de la inmunidad parlamentaria respecto á cinco de sus miembros: un ex presidente interino del Consejo, Devés; un ex ministro, Thevenet; un hermano del antiguo presidente de la República, Alberto Grevy; un ex prefecto de policía, León Renault, y un senador, Beral.

No era sólo la Cámara la que había cedido á una especie de fiebre, votando los procesamientos con inusitada premura: era sobre todo el gobierno, representante del partido republicano en el poder y que parecía haber tomado muy á la ligera la resolución de diezmar al partido hiriendo á sus principales jefes. ¿Había nada que justificase tal premura? ¿Qué indicios de culpabilidad se tenían, fuera de algunas iniciales, de algunos signos diversamente interpretados que figuraban en las matrices de libros talonarios de cheques? La justicia no retuvo á ninguno de los diez parlamentarios llevados á los tribunales: todos fueron eliminados del proceso por el juez de instrucción, por la Cámara de acusación y por el Jurado.

Hasta el último día de la legislatura extraordinaria, la cuestión del Panamá había de influir en la política general. El 22 de diciembre, ante la comisión informadora, Andrieux había hecho una declaración sensacional, presentando la fotografía de una Nota que confirmaba los datos proporcionados por las matrices de los talonarios del banco Thierrée. Dichos datos hubieran parecido del todo probantes al Sr. Andrieux, si no hubiesen emanado del barón de Reinach, en quien el ex prefecto de policía no tenía gran confianza. Andrieux confesó luego que él inspiraba la campaña de la *Libre Parole*.

De los acontecimientos ajenos al Panamá, sólo hay uno que ofrece verdadera importancia, y es el voto de la ley sobre el arbitraje, discutida por el Senado del 15 al 21 de diciembre, ratificada por la Cámara el 24 y promulgada en el *Oficial* del 28. Refiérese á la conciliación y arbitraje facultativo en materia de desacuerdos colectivos entre patronos y obreros ó empleados.

El 24 de diciembre, la Cámara había desechado el convenio comercial franco-suizo preparado por Julio Roche durante el ministerio anterior. Esta ruptura abrió el mercado suizo á los productos en competencia con los franceses.

En medio de las tristezas de aquel final de año, hubo, el 27 de diciembre, una hora pura y gloriosa: la del 70.º aniversario del nacimiento de Pasteur. Bajo la presidencia de Carnot rodeado de los ministros, senadores, diputados, concejales y miembros del cuerpo diplomático, en el gran anfiteatro de la Sorbona, el sabio ilustre recibió, con los homenajes del gobierno y de la República, los «de la Francia y la humanidad reconocidas,» según la inscripción de la medalla grabada por Roty. Cuando Pasteur entró en el anfiteatro del brazo de Carnot y cuando, al final de la ceremonia, el presi-

dente de la República se levantó para felicitarlo y abrazarlo, la concurrencia prorrumpió en aplausos y todos los corazones rebosaron de nobles sentimientos.

El 10 de enero de 1893 fué día señalado por acontecimientos considerables y conexos: la reapertura del Parlamento, la elección de un nuevo presidente de la Cámara, la vista del proceso de los administradores del Panamá ante el Tribunal de apelación de París y una crisis ministerial.

En la elección presidencial de la Cámara, Floquet, después de un empate, retiró su candidatura, dando lugar á que Casimir-Perier fuese elegido sin oposición. La vicepresidencia que éste dejaba vacante fué dada á Félix Faure. En el Senado, Le Royer fué reelegido presidente por duodécima vez.

El mismo día de la reapertura de las Cámaras dimisionaron tres de los principales miembros del gabinete Ribot: Loubet, Freycinet y Burdeau, que desempeñaban respectivamente las carteras del Interior, Guerra y Marina. Ribot conservó la presidencia del Consejo, cambiando la cartera de Negocios Extranjeros por la del Interior, y confió los Negocios Extranjeros á Deveille, la Agricultura á Viger, la Guerra al general Loizillon y la Marina al vicealmirante Rieunier.

Interpelado por el Sr. Hubbard, que pedía la detención de Artón, la extradición de Cornelio Herz, la indicación de la jurisdicción ante la cual comparecería Baihaut, que acababa de ser detenido, y la disolución de la Cámara, Ribot contestó que, respecto á Artón y á Cornelio Herz, el gobierno cumpliría con su deber; que, respecto á Baihaut, el proceso seguiría su curso ante la justicia ordinaria, y excitó á la Cámara á que hiciese exclusivamente obra legislativa, dando fin á los incidentes que trastornaban las sesiones y comunicaban la agitación al país. Pero, el 27 de enero, la discusión de los fondos secretos determinó nuevas incursiones en el terreno candente del Panamá. Aquel mismo día se había tenido noticia de que el juez de instrucción eliminaba del proceso á Manuel Arene, Julio Roche y Thevenet, y enviaba ante la Sala de lo criminal á los señores León Renault, Devés, Alberto Grevy, Beral, Rouvier, Proust, Dugué de la Fauconnerie y Gobron. El diputado Chiché pidió la supresión de los fondos secretos. Ribot rechazó la enmienda, diciendo que los fondos secretos le eran necesarios para gobernar, para preservar el orden en todas partes con resolución y firmeza; denunció la campaña de agitación emprendida contra la República y manifestó que la cuestión de los fondos secretos se reducía á una cuestión de confianza. Dichos fondos fueron votados por una gran mayoría.

El 3 de febrero, volvióse á suscitar la cuestión del Panamá con motivo de la discusión de la ley sobre los manejos contra el crédito público. El 7 del mismo mes la Sala de lo Criminal pronunció su fallo enviando ante la Audiencia al senador Beral, á los diputados Proust y Dugué de la Fauconnerie y al ex diputado Gobron: los demás inculcados fueron absueltos. Al día siguiente, el diputado Goussot interpelló al gobierno sobre esta sentencia, relativamente á Rouvier, responsable de sus actos ante el Parlamento, según el interpelante, en virtud del artículo 6.º de la ley constitucional de febrero de 1875. Bourgeois, en su contestación, se escudó con la autoridad de la cosa juzgada. Cavaignac, estimando

que el fallo de la Sala de lo criminal admitía una sanción parlamentaria, pronunció un hermoso discurso en honor de la probidad pública, que toda la Cámara aplaudió y mandó fijar en las tablas de edictos.

Al día siguiente de esta discusión, se pronunció el fallo de la primera sala del Tribunal de apelación de París, en el proceso intentado contra los administradores del Panamá. Todos los inculcados fueron condenados: Fernando (en rebeldía) y Carlos de Lesseps á cinco años de prisión y 3.000 francos de multa, Eiffel á dos años de prisión y 20.000 francos de multa, Fontane y Cottu á dos años de prisión.

El 16 de febrero, con motivo de la interpelación de Leydet, se entabló el debate destinado á disipar el equívoco que pesaba sobre el mundo parlamentario. El interpelante expuso el programa de los radicales, Millebrand el de los radicales socialistas y Lafargue el de los socialistas revolucionarios. Cavaignac repitió sus últimas declaraciones negando toda inteligencia con la derecha. Ribot sostuvo la política de concentración republicana que todo el mundo atacaba y de la cual no era él partidario acérrimo. Deroulede calificó á Ribot «de pianista que tocaba la música de los demás.» Deschanel, después de una intervención de Dumay en favor del socialismo, atacó á la concentración republicana, denunciando á los radicales que habían derribado 15 ministerios en 16 años, dado el Egipto á Inglaterra, y por poco, Túnez á Italia, combatido á Gambetta é inventado á Boulanger y á Cornelio Herz. Ni un solo radical trató de refutar la diatriba de Deschanel, pero todos votaron la orden del día aceptada por Ribot y en la cual la Cámara manifestaba su confianza en el gobierno para mantener las leyes democráticas y afirmar una política de reformas francamente republicanas.

La cuestión del Panamá repercutía hasta en el extranjero, donde los caricaturistas lo explotaban contra los franceses. Los suizos hicieron más: celebraron el carnaval, en Basilea, haciendo circular por las calles un grupo de panamistas, por cuyo hecho los franceses exigieron excusas que no les fueron negadas.

Las discusiones parlamentarias empezaron á ser borrascosas cuando el proceso por corrupción hubo empezado ante la Audiencia, presidida por Pilet-Desjardins. Los inculcados eran Carlos de Lesseps y Mario Fontane perseguidos como sobornadores, Baihaut, Sans-Leroy, Beral, Dugué de la Fauconnerie, Gobron y Proust como sobornados, y Blondin como cómplice de Baihaut. Los debates, que duraron del 8 al 21 de marzo, abundaron en revelaciones de toda clase. Lesseps declaró que había tenido que soportar el concurso oneroso y las exigencias sin fin de Cornelio Herz; Fontane declaró que Blondin le había pedido un millón para Baihaut. En junio de 1888, el barón de Reinach pedía á la Compañía del Panamá 10 ó 12 millones para hacer cesar el «chantage» de Cornelio Herz. El 12 de julio, Freycinet aconsejó á Lesseps que hiciese lo posible y Lesseps entregó á Reinach 5 millones. Clemenceau y Floquet le aconsejaban, al parecer, que hiciese más. Por otra parte, parecía que Floquet había pedido 300.000 francos para los periódicos designados por él. Artón aparecía como el intermediario habitual entre la Compañía y el mundo parlamentario. Floquet negó haber pedido los 300.000 francos; Lesseps mantuvo su

aserto. Clemenceau dijo que desde el 15 de abril de 1885 Cornelio Herz no era ya accionista de *La Justicia*, pero confesó haber visitado á Freycinet, en compañía de Banc, y Freycinet confesó á su vez haber recibido esta visita.

Después de largos debates y numerosas declaraciones, instructivas ó emocionantes, el jurado no retuvo más que el hecho del soborno de Baihaut: el ex ministro de Obras Públicas fué condenado á cinco años de prisión, á la degradación cívica y á 750.000 francos de multa, Blondin á dos años y Lesseps á un año. Todos los demás acusados fueron absueltos.

Después de este fallo, hubo en la Cámara varias interpelaciones relacionadas con el proceso, y la Cámara, después de un discurso de Burdeau señalando lo peli-



Devés

groso que era confundir la justicia con la política, votó una orden del día que dejaba á la justicia seguir su curso para ponerlo todo en claro y aprobaba la conducta del gobierno. Al día siguiente, el Senado emitió un voto análogo.

Entre los votos más importantes de la Cámara, durante los tres primeros meses de 1893, señalaremos el que autorizaba al Banco de Francia para aumentar en 500 millones su emisión de billetes; el que sancionaba el proyecto reprimiendo los manejos contra el crédito público, y el de la ley sobre las Cajas de ahorros. Mientras tanto, la Cámara discutió los presupuestos de 1893, que no habían de ser votados hasta después de haber ocasionado la caída del ministerio.

Entorpecido en la discusión de los presupuestos por las tardanzas de la Cámara, el Senado, durante la primera parte de su legislatura ordinaria, pudo consagrar todo su tiempo al trabajo legislativo propiamente dicho. Votó la ley sobre la capacidad civil de la mujer separada de cuerpo, y los proyectos que modificaban los artículos 24, 25 y 49 de la ley de 1881. El 20 de febrero, con general sorpresa y sin motivo aparente, Le Royer dejó la presidencia, y el Senado le dió por sucesor á Julio Ferry, sacando á éste del semi-retiro en que lo había aislado la ingratitud popular. Al tomar posesión de la presidencia, el 27 de febrero, Ferry, sin recriminación alguna respecto al pasado, pronunció un excelente discurso que vino á ser su testamento político.

Tres semanas después un mal súbito lo arrebató á Francia que le hizo solemnes exequias, reemplazándole Challemel-Lacour en la presidencia del Senado.

Este había empezado, pocos días antes, la discusión de los presupuestos de 1893, pronunciando la disyunción de la reforma de las bebidas alcohólicas. Los presupuestos fueron devueltos á la comisión de la Cámara que reemplazó al ponente general, señor Poincaré, favorable á la disyunción, por el Sr. Lockroy, que le era hostil. Este pidió á la Cámara que defendiese sus prerrogativas y mantuviese su primer voto. Tirard predicó la conciliación y la aceptación del voto senatorial. Ribot señaló el peligro inminente de un nuevo dozavo provisional y planteó la cuestión de confianza. Finalmente Mahy hizo ver las consecuencias que un conflicto de hacienda podía tener en aquella época del año.

A pesar de tan prudentes consejos, la Cámara desechó la disyunción por 242 votos contra 237, remitió otra vez todos los presupuestos al Senado y, con esto, derribó al gabinete. Como siempre, el ministerio cayó cuando defendía los verdaderos principios de gobierno, y la Cámara obtuvo un resultado enteramente contrario al que se había propuesto, pues retrasaba la ansiada reforma de la legislación de las bebidas alcohólicas. Aquella misma tarde se votó el cuarto dozavo provisional y la crisis ministerial quedó planteada.

Las relaciones exteriores habían tenido cierta actividad durante el ministerio Ribot. Fueron particularmente cordiales con la Santa Sede. León XIII, con su sentido político tan sutil y su genio observador, había comprendido en seguida que la República sobreviviría á la campaña emprendida contra ella y, á principios del año 1893, en una carta al conde de Mun, confirmó sus precedentes instrucciones. Cuando León XIII celebró en el Vaticano el 50.º aniversario de su episcopado y el 15.º aniversario de su pontificado, Francia tuvo el buen acuerdo de hacerse representar en las fiestas del Jubileo por su embajador, Sr. de Behaine.

En el interior, las huelgas fueron frecuentes durante el ministerio Ribot. Hubo huelgas en Marsella, entre panaderos, en Bousquet-d'Orbe, en Rive-de-Gier, en las manufacturas nacionales de fósforos de Aubervilliers y de Pantin. Los fosforeros de Trelazé, Begles y Marsella se hicieron solidarios con sus camaradas de Pantin y de Aubervilliers, lo cual hizo ceder á la administración.

En medio de aquellas agitaciones locales y de los movimientos fabriles del mundo parlamentario, la inmensa mayoría de Francia estaba tranquila; más adicta que nunca á la República, esperaba sin premura ni impaciencia el momento de manifestar su voluntad soberana. Ribot, por su elocuencia, por sus vastos conocimientos y por su patriotismo, que le hizo aceptar una pesada responsabilidad en un momento difícil, merecía que su retirada fuese más sentida de lo que lo fué.

## VII

Como el gabinete Ribot había dimitido á consecuencia de un disentimiento de orden financiero entre la Cámara y el Senado, el presidente de la República no tenía, como de costumbre, indicación alguna sobre la orientación que el Parlamento quería dar á la acción

gubernamental. Después de una entrevista con los presidentes de las comisiones de Hacienda de ambas Cámaras, Sres. Peytral y Boulanger, apeló al Sr. Meline, diputado influyente de la izquierda moderada, que en vano procuró reunir los elementos necesarios para una combinación ministerial. Entonces Carnot confió á Carlos Dupuy, ministro de Instrucción Pública, el encargo de formar gabinete, y Dupuy que, bajo las apariencias de una naturaleza tranquila y algo pesada, era un hombre activo y enérgico, constituyó rápidamente el nuevo ministerio. Reservándose la cartera del Interior con la presidencia del Consejo, confió la Instrucción Pública, Bellas Artes y Cultos á Poincaré, la Hacienda á Peytral, los Negocios Extranjeros á Develle, la Justicia á Guerin, el Comercio y la Industria á Terrier, la Agricultura á Viger, las Obras Públicas á Viette, la Guerra al general Loizillon y la Marina al vicealmirante Rieunier. La nueva combinación, con cuatro ministros radicales, era un retorno á la política llamada de concentración ó de unión republicana, en previsión de las elecciones generales.

De modesto origen, Dupuy debía su posición exclusivamente á su trabajo y á su inteligencia, sin haber estado mezclado de cerca ni de lejos en los tristes asuntos que tan profundamente había trastornado el mundo político. A falta de cierta delicadeza de tacto, tenía la mano vigorosa. No procuraba sortear ó evitar las dificultades, sino que las acometía y las vencía generalmente.

La declaración ministerial, leída el 6 de abril á las Cámaras, contenía, entre las grandes líneas de un programa, una alusión á los dolorosos incidentes que no habían lastimado á la República en su crecimiento vigoroso, ni á la Patria en su fama tradicional de probidad y de honor. Aquel mismo día, el Parlamento suspendió sus sesiones hasta el 25 de abril. Durante las vacaciones parlamentarias hubo elecciones municipales en París. La mayoría del nuevo Ayuntamiento era republicano radical, con una considerable minoría socialista y una pequeña minoría conservadora, todas divididas y subdivididas hasta el infinito.

Los presupuestos de 1893 fueron al fin votados el 28 de abril. Las dos Cámaras habían venido á un acuerdo, gracias á mutuas concesiones sobre el impuesto de los valores de bolsa, sobre la patente de los grandes almacenes y sobre la reforma relativa á las bebidas alcohólicas en que triunfó la disyunción.

A pesar de la frecuencia de las huelgas que estallaron, durante los meses de abril, mayo y junio, en diversos puntos de Francia, su repercusión no se hizo sentir en la Cámara. No sucedió lo mismo con los «incidentes dolorosos» de que había hablado la declaración ministerial. Un periódico sin lectores, *La Cocarde*, había anunciado la publicación de documentos muy comprometedores para algunos parlamentarios franceses, documentos que se suponían robados en la embajada de Inglaterra en París. El 22 de junio, el Sr. Millevoye interrogó al ministro de Negocios extranjeros acerca de Cornelio Herz. Dupuy contestó que dos ilustres facultativos franceses habían formulado el mismo diagnóstico que los médicos ingleses sobre Cornelio Herz. Este, que había sido detenido en Bournemouth, el 20 de enero, sería entregado á la justicia francesa tan pronto co-

mo su salud permitiese la extradición. Pourquery de Boisserin pidió que se transformase la pregunta en interpelación y, una vez obtenido esto, interrogó al gobierno sobre Cornelio Herz, sobre los robos de papeles señalados por *La Cocarde* y sobre Artón. Los documentos sustraídos habían sido entregados á la justicia. Entonces intervino Clemenceau, para intimar á Millevoye que presentase sus pruebas. Este manifestó que se los había confiado «un patriota de la isla Mauricio.» Así designaba al mulato Nortón. Los leyó á la Cámara, que le escuchó con verdadero estupor: tan manifiesta era la falsedad del documento y tanta torpeza revelaba en el falsario. Nortón ignoraba, por lo visto, las fórmulas más elementales del lenguaje diplomático y los usos del protocolo, como desconocía el mundo del periodismo y del Parlamento, pues citaba sin ton ni son los *Debates* y el *Temps*, y á los Sres Edwards, Laurent, Clemenceau, Rochefort, Burdeau y Maret, diciendo que habían recibido de Inglaterra cantidades que variaban entre 2.000 y 3.000 libras esterlinas. Deroulede y Millevoye tuvieron que presentar su dimisión en medio de las rechiflas de la Cámara. Clemenceau y Burdeau pronunciaron una protesta indignada, y la Cámara votó, por 382 votos contra 2, la siguiente orden del día propuesta por Maujan: La Cámara, condenando las calumnias odiosas y ridículas lanzadas desde la tribuna y sintiendo que se haya perdido durante toda una sesión el tiempo del país, pasa á la orden del día. El 5 de agosto siguiente, Nortón y Ducret, de *La Cocarde*, fueron condenados, el primero á tres años de prisión y 100 francos de multa como falsificador, y el segundo á un año de prisión y 100 francos de multa como cómplice de aquel. Tal fué la última tentativa de los boulangieristas para envolver á todos los republicanos en una solidaridad comprometedora.

Pocos días antes, había tenido efecto el eplogo judicial de la cuestión del Panamá: el Tribunal de casación había casado la sentencia correccional del Tribunal de París, á causa del grado del Sr. de Lesseps en la Legión de honor, porque había prescripción en el momento de incoarse el proceso. Más valiera no haber intentado un proceso inútil, pues se hubiera evitado aquel aborto que no podía menos de desprestigiar á las más altas jurisdicciones de la nación, á los ojos de las masas, como también á la idea de justicia y de igualdad ante la ley.

Una condenación muy legítima, pronunciada el 23 de junio por ultraje á las buenas costumbres, tuvo por consecuencia inesperada graves trastornos en el Barrio Latino. El 8 de febrero anterior, en un baile público de los bulevares exteriores, estudiantes y artistas habían aprovechado la libertad del martes de Carnaval para hacer figurar en un cortejo, llamado de los *Quatre-arts* mujeres insuficientemente vestidas. Quizá hubiera valido más hacer la vista gorda. Empezada la instrucción, el procesamiento era obligado y la condenación segura. Estudiantes y artistas se pronunciaron en favor de los condenados é hicieron ante el Luxemburgo una manifestación contra el Senado é individualmente contra el senador Berenger. Republicano de los más firmes y uno de los primeros criminalistas de la época, Berenger formaba parte de la *Liga contra la licencia pública* y solía invocar las severidades del tribunal contra los

ultrajes á las buenas costumbres cometidos por medio de la imprenta, en periódicos, grabados, carteles, prospectos, etc. Mientras la manifestación no comprendió más que estudiantes y artistas, no pasó de las proporciones de una galopinada. La herida de Nuger, que recibió una pesada fosforera en la nuca, delante del café Harcourt, y fué transportado moribundo al Hospital de la Caridad, no fué más que un deplorable accidente. Pero, poco á poco, con los elementos primitivos de la manifestación se mezclaron elementos nuevos y el orden pareció seriamente comprometido.

El 3 de julio, el gobierno fué interpelado en la Cámara sobre los trastornos del barrio Latino. Aquella misma noche se reprodujeron los disturbios, y la intervención de las brigadas centrales, recorriendo en apre-



Clemenceau

tadas filas los bulevares de San Miguel y de San Germán, no podía contenerlos. Los ómnibus y los tranvías que allí llegaban eran volcados para que formasen barricada. Fueron derribados los kioscos, arrancados los bancos, rotos los cristales, y aquellas dos vías, casi solitarias á la mañana siguiente, ofrecían el espectáculo de un barrio saqueado por salvajes. La asociación general de estudiantes había repudiado, el 3 de julio, toda complicidad en los disturbios. Además, los estudiantes eran ya escasos entre los amotinados. Los habían reemplazado cocheros en huelga y obreros empujados por sus sindicatos y había sido preciso ocupar militarmente la Bolsa del trabajo, en torno de la cual se había transportado la agitación.

El 8 de julio, hubo en la Cámara, sobre el cierre de la Bolsa, nueva interpelación que tuvo por resultado un voto de confianza al gobierno. En la misma sesión, 439 diputados contra 43 opusieron la cuestión previa á una petición de procesamiento contra el presidente del consejo. La expresada interpelación estuvo á punto de ocasionar una crisis ministerial. El Sr. Peytral, como muchas otras personas, atribuía á Lozé, prefecto de policía, la responsabilidad de los primeros desórdenes. Dimitió el 8 de julio y retiró su dimisión al día siguiente, después que el consejo de ministros le hubo prometido que Lozé saldría de la prefectura. Este fué reemplazado por Lepine, que iba á ser el prefecto de policía ideal de las grandes jornadas históricas y de las épocas de crisis.